

Figuras

Diego A. Fernández Peychaux

Armando Villegas, Natalia Talavera, Roberto Monroy y Laskmi de Mora, comps., *Figuras del discurso II. Temas contemporáneos de política y exclusión*. México, Bonilla Artigas, 2017.

I

El libro que reseño tiene una particularidad altamente encomiable. Sobre todo para un libro “colectivo” firmado por “compiladores” que recogen una serie de textos de otros autores. En el caso de *Figuras del discurso II. Temas contemporáneos de política y exclusión* tales reflexiones expresan el resultado de un trabajo de investigación colectivo y continuado a lo largo del tiempo. Esta particularidad se manifiesta en que, más allá de las desavenencias, los textos que componen la compilación comparten una misma perspectiva de aproximación a las “figuras del discurso”. En particular, las figuras que, como recoge de forma concisa y clara Érika Linding, operan una “exclusión”. Esto es, “aquellos términos o expresiones que inventan y reproducen una interpretación específica del otro –individuo o colectividad, humano o no humano– y con ello lo colocan en posiciones de sometimiento o subordinación en las relaciones sociales” (p. 15).

Según esta línea de investigación, cuando decimos “mujer”, “animal” o “indio” estamos haciendo dos cosas. Primero, fijamos en una unidad de sentido a una serie de significados singulares que se asocian arbitrariamente con esos “otros”. Nada hay de “natural”, de “dado”, de “objetivo” en considerar, por ejemplo, al “indio” un ser incapaz de gobernarse. Ahora bien, lo segundo que hacemos es ampararnos en esa fijación de significados para poner a ese otro en un lugar de subordinación. Al decir “indio”, por tanto, estamos diciendo que no puede gobernarse, pero también que no debe ser tenido en cuenta. Misma exclusión que opera al conferirle idéntica pasividad al cuerpo humano y no humano, a la mujer, al niño, al refugiado, etcétera.

Estos actos del lenguaje se sostienen en el tiempo, más allá de sus inestabilidades (sobre las que volveré en unos instantes), porque dichas figuras adquieren la capacidad de presentarse como evidentes. Dice Armando Villegas, “es

como si ese signo, su evidencia, no fuera problemático y su referencia hubiese sido siempre la misma”. Dicho de otro modo, borran su propia historicidad. A fin de identificar esas atribuciones arbitrarias de sentido, el seminario del que nace este libro, en general, y el libro, en particular, han apostado por restituir esa historia de diversas figuras de exclusión para mostrar que esa “evidencia” no es tal. ¿Desde cuándo se comenzó a utilizar la palabra “indio”, por seguir con el mismo ejemplo, en el sentido que le damos nosotros ahora? ¿Quién la dijo? ¿Qué relaciones se hacen evidentes ahora que sabemos quién y cuándo comenzó a emplear esa “figura”? ¿Siguen vigentes esas relaciones? ¿Cómo han variado? Éstas, y otras muchas más, son interrogaciones a la historia de la figura para intentar desentrañar no sólo qué hace (excluir), sino cómo se reproduce en el tiempo.

Este aspecto de la investigación colectiva resulta fundamental. Porque no ya una figura, sino una relación de exclusión, no se fija de una vez y para siempre, en parte, porque como afirma Derrida no hay posibilidad de cerrar el campo de significación. ¿Qué implica esa “imposibilidad de cierre”? Que no existe la capacidad de controlar que nuevos significados ingresen en ese campo y subviertan lo que parecía evidente. Por ejemplo, cuando una misma figura, en el caso que vengo mentando, la de “indio”, adquiere nuevos significados y altera las relaciones. Por ejemplo, cuando el “indio” deja de ser el salvaje, para convertirse en “el originario” y se le asigna con dicha condición de “originario” una suerte de legitimidad en el habla. Lo que se altera, por tanto, es tanto lo que la figura hace como la relación que con ella se crea y reproduce.

Volviendo sobre el argumento, si una figura no queda fijada, incrustada de una vez y para siempre, se hace necesario una reiteración constante de sus efectos performativos. Esta misma necesidad de “repetición” de la sujeción a lo largo del tiempo comporta su misma inestabilidad. En parte, señala Butler, en *Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción*, porque el poder que lleva adelante esa reiteración, no proviene de fuera sino que, ese mismo que resulta sujetado, participa del poder que lo sujeta. De nuevo, el poder mismo no es una fuerza exterior que se sob reimprime en el que ahora está sujeto, sino que es la resultante de una relación entre el sujeto y su otro. El sujeto, dice Butler, en tanto acepta la interpelación que esas figuras le dirigen, acepta ubicarse en la relación tal como dicha figura dispone, repite en el tiempo su propia subordinación.

Lo cual, lejos de ser un efecto de la voluntad autónoma del excluido es el resultado de un abuso, de una extorsión, pero, no obstante, ahí está. Y, si ahí está, dice Butler, no debiéramos espantarnos por esa autocensura, sino observar en ella la condición de posibilidad para la subversión de las relaciones en las que nos encontramos. Dicho de otro modo, si somos capaces de actuar se debe, precisamente, a esa naturaleza heterónoma del poder. Esto implica,

precisamente, recuperar e interrogar a la historia de los conceptos de diversos modos. Si lo que buscamos es restituir el carácter contingente, histórico y no objetivo o natural de las relaciones, en las figuras se anuncia no sólo “en positivo” el deseo de dominio, sino que aparece “en negativo” el deseo de los excluidos. En el libro se recurre a una erudición ingente para poder captar ese doble aspecto de las figuras.

Así, por ejemplo, es posible advertir que si América fue el escenario en el que se construye la imagen del salvaje, dicha relación entre “civilizados” y “salvajes” supone una participación activa de todos los involucrados en la relación. Entonces, podemos descubrir en positivo la intensión de dominio del conquistador, pero también la lucha contra la conquista que desencadena ese régimen de exclusiones.

Precisemos, aún más, el ejemplo. El “indio”, el “salvaje” son figuras empostradas en lo que se conoce como el régimen de castas que impone el conquistador español en América para ordenar la población y mantenerla subordinada. Podemos ver en ellas la mera exclusión de sujetos pasivos, y, por tanto, hacer confluir nuestros análisis en la restitución de dicha exclusión. Pero también podemos ver en ellas una lucha durante la Colonia por la configuración de una alianza multiétnica de sujetos avasallados por el régimen colonial. De modo que no sería el atraso mercantilista de las otrora Colonias españolas (tesis liberal y marxista de la caída del imperio español), sino la contradicción de dos bloques históricos la que señala la hora de la independencia en los siglos XVIII y XIX.

II

En el marco de estas luchas, *Figuras del discurso II. Temas contemporáneos de política y exclusión* se propone indagar cómo en las sociedades conviven diversas formas de concebirla y habitarla. Si la sociedad se compone de conjuntos de relaciones, esas otras formas, aunque no sean dominantes, implican tanto un juego de dominación y resistencia, como el anuncio de otros modos posibles de configuración. Ya la mera puesta en palabras de esta pluralización implica rasgar el velo de una sociedad mítica cerrada sobre sí misma para dejar a la vista “lo que está entre lo que está”, “lo nómade que se fuga de lo inmóvil” o “las horizontalidades entre lo erguido”. En otras palabras, dejar a la vista un espacio “entre” los grandes bloques del pensamiento dominante donde proliferan prácticas diversas de agenciamientos, de modalidades de concebir los cuerpos, de imaginar la presencia espectral de lo otro. A ese espacio “entre” se lo identifica en el presente volumen con el concepto de “intersticio”: un espacio en donde se enquistan experiencias de todo tipo negociando, o po-

niéndose o viviendo “como algo distinto de las relaciones de propiedad y de las relaciones estatales” (p. 9).

La apuesta metodológica de pensar a partir del intersticio muestra su potencia toda vez que, como ya hemos dicho, no se detenga la indagación en un solo estrato. Como quien al observar formas geométricas “fractales” descubre que al pasar de una escala a otra (re)aparece una miríada de formas en apariencia ocultas. Precisamente esto es lo que proponen los compiladores al empotrar pequeños intersticios textuales entre los capítulos que componen el libro. Ofreciendo, de ese modo, una pluralidad de escalas de lectura a través de las cuales el sentido del libro deviene apuesta y búsqueda.

Por ejemplo, si, por un lado, se renuncia a pensar las relaciones de dominación sin ocultar sus resistencias, por el otro, la emancipación ya no aparece como el efecto de una transformación radical de la sociedad. Al contrario, sugiere Armando Villegas en su texto “De la revolución al intersticio”, tales enquistamientos abren al mismo concepto de emancipación a una multiplicidad de prácticas cotidianas, precarias, no definitivas, pero que en cada instante están desbordando los comportamientos normados. A partir del texto “¿Qué puede un cuerpo? Los límites de Spinoza” de Cecilia Abdo Ferez cabría operar un cambio de escala y trasladar el interrogante de la sociedad hacia el cuerpo singular. Si no hay que esperar a “cambiarlo todo” para desbordar lo normado ¿por qué seguir esperando una emancipación total del cuerpo? ¿Por qué no abandonar también una imaginación del cuerpo como un todo cerrado y pensarlo a partir de la multiplicidad de relaciones que lo producen? El cuerpo ya no sería el polo pasivo del ser racional ni la fuente de un saber transparente e inmediato. En definitiva, concluyen Abdo Ferez y Villegas, estos interrogantes abren un espacio en el que reconocer los entramados relacionales y esforzarse por transformarlos sin las dilaciones propias de una lógica de la totalidad y la espera.

Mismo juego de escalas podemos practicar con el texto “La imagen de la desaparecida. La emergencia de una cartografía de las sensibilidades” de Laskmi de Mora Martínez. ¿Qué puede una imagen? Nadie sabe lo que puede una imagen –nos responde el texto. Los efectos incontrolables, impensables, de las imágenes marcan sus límites. Ninguna deja de causar sensibilidades diversas a partir de las cuales se multiplican experiencias que exceden necesariamente la intencionalidad de su autor. Con gran lucidez de Mora Martínez delinea el pasaje entre un mirar normado de la fotografía de una desaparecida a un mirar político de los efectos de “aparición” de esas imágenes en el espacio urbano. O, en sus palabras, delinea un triple desplazamiento que va de la normalización, a la producción y a las resistencias reconocibles en tales fotografías y apariciones.

En el intertexto “El entre. El refugio ante la verticalidad” Laskmi de Mora Martínez y Roberto Monroy Álvarez tensionan algunas conclusiones de “El re-

fugiado II” escrito por Luis Fernando Montes Saucedo. Se preguntan ¿por qué seguir apelando a la verticalidad y no quedarse mejor en lo soterrado? ¿No vive mejor el campesino fuera de la ley? Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones de habitabilidad de esa intemperie del Estado? El refugiado, o el campesino, en sus prácticas no recrean ecosistemas cerrados en relación con el Estado como la planta que anida en la grieta de un muro. Al contrario, éste las tolera en la medida en que necesita nutrirse de ellas. A su vez, nos recuerda Natalia Talavera Baby, en los intersticios también habitan “máquinas de guerra” que inmovilizan, matan o desestructuran poblaciones enteras.

III

Al recomponer estas tramas se activa la lucha hegemónica. Rescato, por tanto, el mismo carácter performativo que tiene el trabajo del seminario y del libro. Como dice Ernesto Laclau, la lucha hegemónica comienza cuando se reconoce una metáfora y se restituye la metonimia contingente entre las figuras y las relaciones que estas actúan. Entonces, lejos de tratarse de una mera especulación académica, diría que este libro se encuentra arrojado hacia esa tarea hegemónica. Dicho de otro modo, el libro se propone superar las lecturas mecánicas del pasado para encontrar en esas figuras, en esos lenguajes, no solo la exclusión, sino también la presencia de lo que se busca excluir y, como pepenadores, innovar y crear a partir de ello.

Desde la perspectiva del libro, lo que aquí importa no sería tanto el valor museológico de esta erudición, sino, más bien, permitirnos observar cuánto de esa lucha continúa hoy en el presente y, en correlato, cuán ardua continúa siendo la afirmación de la diferencia. Diría, por tanto, como miembro del seminario y pensando ya en los trabajos que siguen, cuán interesante sería profundizar en este segundo aspecto de las figuras. Es decir, no sólo en su producción, sino también en su reproducción, en tanto en ella se manifiesta el aspecto más productivo de nuestro trabajo en relación con las luchas hegemónicas de nuestro presente.